

si no me es dado apoyarme en esos dos títulos, tengo en mi favor la franqueza y la esperiencia, cuyo lenguaje no desoiréis á buen seguro. Como vosotros, estaba encariñado con la vida privada; como vosotros, la dejé con sentimiento, pero firmemente resuelto á no deponer las armas hasta que los enemigos de mi país, esos viles estipendiarios de la tiranía, hubiesen renunciado á su infame proyecto y hubiesen reconocido que América es tan terrible cuando está armada, como humilde se dejó ver en sus reclamaciones. Mios han sido vuestros peligros, he conllevado todos los males de la pobreza; he sido testigo de la insolencia del rico sin murmurar; pero obcecado yo por mis buenos deseos, dejándome llevar de mis esperanzas, demasiado tiempo he confiado en la justicia de mi país, creyendo que en cuanto se echaran á volar las palabras *paz y felicidad* el gobierno saldría de su estado apático para no escuchar mas que á la justicia, ¡qué digo! no es justicia sino *agradecimiento*. ¿No se lo debe acaso á aquellos que han conducido al gobierno, sosteniéndole en el terrible tránsito de la servidumbre á la independencia? La confianza tiene sus límites, en trasponiéndolos, no es sino cobardía. Mirad bien en torno vuestro, amigos míos; si dais un paso mas, estais perdidos. Si sobrellevais por mas tiempo aun la ingratitud, os manifestais al universo merecedores de llevar las cadenas que habeis hecho pedazos. Para prevenir esos males, examinemos nuestra posicion actual; reconozcamos bien el terreno, y comencemos desde luego á destinar por un momento nuestra actividad intelectual al exámen de las medidas que debemos tomar.

» ¡Por último, despues de siete años de larga duracion, llegais al término de vuestros trabajos! Si, amigos, vuestro valor, inquebrantable siempre, ha conducido á los Estados Unidos de América al través de los peligros de una guerra de éxito dudoso. Habeis asegurado su independencia, comenzando ya á brillar los primeros rayos de la paz. Y, ¿para quién? ¿Acaso para un país que se da prisa á cicatrizar vuestras heridas, enorgullecido de la recompensa que debe á vuestros servicios; para un país ganoso de enviaros á vuestros hogares con las lágrimas del agradecimiento y en medio de los trasportes del entusiasmo, ambicionando solo el momento de compartir con vosotros las dulzuras de la independencia que le habeis proporcionado, de compartir las riquezas que solo ha conservado á costa de vuestra sangre? Desengañaos, compañeros. Os habeis sacrificado por un país que huella vuestros derechos, que, sordo á vuestros gritos, insulta vuestra miseria; ¿no lo habeis echado de

ver por ventura en cuantas ocasiones le habeis manifestado vuestras aspiraciones y necesidades, necesidades y aspiraciones que la política, sino el agradecimiento, habrian debido prevenir; no lo habeis echado de ver poco há, con la respuesta que habeis obtenido, dirigiéndoos al Congreso en demanda de justicia? Esa respuesta os la dará á conocer la carta acerca de la cual estais convocados para deliberar mañana. Si de tal suerte habeis sido tratados, cuando empuñabais esa espada tan necesaria para la defensa de América, ¿qué esperanza podreis alimentar durante la paz, cuando estareis separados, cuando vuestra voz no se podrá dejar oír?

» Una vez depuestas vuestras armas, esos nobles instrumentos, esas dignas compañeras de vuestra gloria, ¿qué distintivos podreis ya ostentar? Vuestras necesidades, vuestras dolencias y cicatrices. ¿Sereis los únicos en quienes han de recaer las desventajas de la revolucion? ¿Os despedireis del campamento tan solo para envejecer en el seno de la indigencia ó del menosprecio? ¿Quereis languidecer con la dependencia, debiendo á la caridad los miserables restos de una existencia que tantas veces habeis espuesto en el campo del honor? Si hasta tal punto sois cobardes, idos á arrostrar la ironía de los realistas, el menosprecio de los republicanos y la *conmiseracion* del mundo... Id á moriros de hambre en el olvido mas espantoso. Pero si permanece aun en vuestro pecho alguna chispa de sentimiento, si hay en vosotros suficiente valor para oponeros á la tiranía, cualquiera que sea el color con que se os ofrezca, despertad, aprovechaos de esta coyuntura, que mas tarde, inútiles serán todos los esfuerzos. Si estais bien penetrados de vuestra situacion, apelareis de la justicia del gobierno á sus *recelos* de sí mismo; dejad el estilo humilde de vuestra última esposicion; desconfiad de cualquiera que os aconseje moderacion y paciencia; hablad, en fin, el lenguaje que os conviene. Encargad á dos ó tres que mejor sepan sentir y escribir entre vosotros, la tarea de redactar lo que yo llamaré vuestra última manifestacion; decid lo que os ha prometido el Congreso; decid lo que ha hecho; esponed vuestros largos padecimientos, cuán poco habeis pedido, y lo mucho que se os ha negado; decid que la exasperacion no os arrastrará á ningun acto que pueda empañar en lo mas mínimo vuestro honor, pero que puede lanzaros al campo. Decid que una llaga, si siempre se la descuida, acaba por ser incurable, y que el menor asomo de ultraje por parte del Congreso pondrá hoy entre él y nosotros la distancia de los sepulcros, y haced que sepa el Congreso que, cualesquiera que sean los acontecimientos

políticos, el ejército está colocado entre dos alternativas. Si hay paz, solo la muerte ha de separaros de la espada; y si hay guerra, decid que bajo los auspicios de vuestro jefe, ireis á países inhabitados, en donde á vuestra vez podreis reiros de las alarmas de una patria indigna; pero decid al propio tiempo al Congreso que, accediendo á lo solicitado en vuestra última esposicion, él será mas respetable, y vosotros mas felices; que, en tanto que continúe la guerra, permaneceréis fieles á las banderas, y que en tiempo de paz, cobijándoos á la sombra de vuestros laureles, ireis á saborear las dulzuras de la vida privada y dareis al mundo maravillado un nuevo espectáculo: *el de un ejército victorioso de sus enemigos, vencedor al propio tiempo de sí mismo.*

«Anónimo 1.»

Para un general ambicioso, esa carta es un ofrecimiento explícito de una dictadura y de una corona. No fué menester tanto para que el ejército de Italia, entusiasmado por Bonaparte, hiciese memorable el 18 fructidor; pero Washington era algo mas que un ambicioso, pues todo su amor, todos sus temores eran por la patria.

Con su prudencia de siempre, no combatió de frente ese manifiesto que habia sobrecitado los ánimos, contentándose con declarar en la orden del día que la invitacion *anónima* no era regular, y convocó á los oficiales para una reunion que debia celebrarse cuatro dias despues, en la cual se examinaria esa grave cuestion.

Durante estos cuatro dias visitó á los oficiales individualmente; los sosegó, les hizo abrir los ojos, y se constituyó en defensor suyo ante el Congreso, de manera que, al llegar la hora de la reunion pudo hablar con tal moderacion y energía que sus palabras sedujeron á todos los corazones.

«SEÑORES:

«Una invitacion cuyo autor no se ha dado á conocer os ha reunido en este sitio. Dejo á vuestro criterio calificar la naturaleza de semejante acto, y vosotros juzgareis acerca de su carácter subversivo de toda disciplina, y contrario al buen orden.

«Además de esa invitacion, se ha publicado otro escrito anónimo que secretamente se ha difundido entre vosotros. Aquella pro-

1 Ramsay, *Vida de Washington*, pág. 223.

2 Ramsay, *Vida de Washington*, pág. 230.

clama tenia por objeto enardecer las pasiones mas bien que recomendar una deliberacion tranquila, en que se escuchara solamente la voz de la razon. Como escritor, el autor de aquel manifiesto tiene mérito; mas yo quisiera poderle atribuir el de las sanas intenciones. Nosotros vemos los objetos con ojos diferentes, y por medios opuestos tendemos hácia un mismo objeto; mas el *Anónimo* está bastante desprovisto de caridad para designar como sospechoso al que recomendará moderacion y paciencia, ó, para decirlo mas claro, al que no abundara en su opinion. Digamos, pues, que llevaba un plan muy distinto, plan en que brillan por su ausencia la sinceridad, el amor á la justicia y á la patria. Hizo bien en encubrir los mas negros proyectos con el velo de la desconfianza y de las mas atroces sospechas. ¿Me detendré ahora en demostrar que aquel escrito artificioso está redactado con ánimo altamente falto de sinceridad, que se propone familiarizar á todos con la idea de que el gobierno es injusto por sistema, y arrastraros, reproduciéndoos vuestros males, á tomar medidas que rechazan la razon y la sangre fria? Para convencerse de eso, basta leer el escrito y ver los procedimientos que en él se os proponen.

«Ved aquí, señores, lo que ante todo he debido hacer os observar para poner os en disposicion de juzgar los principios en fuerza de los cuales he creído deber oponerme á la manera irregular con que fuisteis convocados para el martes próximo pasado. No ha sido otro el motivo de mi oposicion. Sobre todo, ni con mucho he estado falto de celo para facilitar os los medios de dar á conocer vuestras demandas á la autoridad; pero esos medios deben siempre estar de acuerdo con vuestro honor, con la dignidad del ejército. Si hasta la fecha no habeis reconocido en mí al verdadero amigo del soldado, no es ya tiempo de poder convencer os de ello. He sido el primero en abrazar la causa de mi país, y nunca me he separado de vosotros sino en los casos en que el deber me ha obligado á ello. Compañero y testigo de vuestros sufrimientos, he sido constantemente de los primeros que he hecho justicia á vuestras virtudes, reconociendo además vuestros títulos y derechos á ser por ello recompensados. Mi honor ha sido siempre inseparable del del ejército, y al llegar nosotros á dar cima á nuestros trabajos, con audacia se llega á acusarme de que miro vuestros intereses con indiferencia. Pero; ¿qué hay que hacer para mirar por ellos? Hay un medio muy sencillo, dice el *Anónimo*. Si la guerra continúa, refugiémonos en países inhabitados, levantemos allí establecimientos, y abandone-

mos á su propia defensa una patria ingrata. Pero, si seguís ese consejo, ¿qué va á quedarle á la patria para defender? ¿Nuestras mujeres é hijos? ¿Nuestros bienes y haciendas, que nosotros abandonamos; ó bien, dejando nuestras haciendas, nos llevaremos lo restante para ir al fondo de los desiertos ó morirnos de hambre, de frio, de desnudez? ¿Así desertaremos de nuestro país cuando más necesita de nuestro socorro, ó volveremos las armas contra él, si el Congreso no accede á nuestras demandas? Esa alternativa hace horripilar. El que tal os aconseja, ¿es amante de la patria? ¿lo es del ejército? No, es un enemigo de uno y otro, es algun emisario lanzado desde Nueva York en medio de nosotros para encender la discordia y la guerra entre el ejército y la autoridad civil. Pero, ¿qué puede el *Anónimo* proponerse al aconsejarnos medidas extremas que por su propia naturaleza son irrealizables? Digo irrealizables, señores, y aquí me detengo. Todos me habrán comprendido lo bastante. Intentar demostrároslo, seria inferiros una injuria, y por otra parte me lo prohíbe la prudencia. Un momento de reflexion basta para reconocer lo absurdo de una y otra alternativa, y acaso no es muy oportuno, dirigiéndome á oficiales del ejército, ocuparme en una produccion anónima. Pero el misterio con que se ha hecho circular, el efecto que de ella se aguardaba, y otras circunstancias mas, justificarán las observaciones que acabo de hacer acerca de aquel escrito.

»En cuanto al consejo que dá el autor de considerar como sospechoso al que recomiende la moderacion, lo desprecio de todo punto como á buen seguro lo despreciará cualquier amante de la libertad y justicia, porque, al quitársenos el derecho de emitir libremente nuestras opiniones acerca de tan importante materia, ¿de qué sirve la razon? Pronto se nos quitará el uso de la palabra, y se nos llevará y traerá como á brutos. Mis convicciones sinceras (que de todas veras creó son tambien del Congreso) me imponen el deber de declararos que, en mi concepto, el Congreso está firmemente resuelto á haceros justicia, que nunca ha sido insensible á vuestros padecimientos, que no dejará de redoblar los esfuerzos que hasta aquí ha hecho para encontrar, para asegurar los fondos necesarios con que satisfaceros lo que os adeuda y recompensar vuestros servicios. Intereses diversos agitan, empero, á todas las grandes asambleas, y si la lentitud es inseparable de esas deliberaciones, ¿esa dilacion necesaria ha de hacernos perder la confianza? Europa ha admirado vuestro valor y patriotismo, y ¿en un instante manci-

llareis una reputacion adquirida á costa de tantos trabajos? ¿Y para qué? ¿Para conseguir mas presto lo que pedimos? Pero, es todo lo contrario, que obrando como aconseja el anónimo, vuestra satisfaccion se hace poco menos que imposible.

»Seguro de la confianza con que siempre me habeis honrado en las mas azarasas circunstancias, confiado en vuestra docilidad á las órdenes de vuestro jefe, animado de ese cariño ilimitado hácia el ejército que he tenido el honor de mandar, os manifiesto que consagraré todos mis esfuerzos á la defensa de vuestros intereses, sin que por eso falte de ningun modo, á los deberes superiores que tengo que cumplir para con mi patria, y al respeto que debo á las autoridades. Os lo ruego encarecidamente, no tomeis ninguna resolucion que desdiga de vuestra dignidad, y descansad en la reclitud de intenciones del Congreso. Se liquidarán vuestras cuentas, antes de haberse disuelto el ejército, que eso lo sabeis ya, en virtud de las comunicaciones que se os han hecho desde hace dos dias. La asamblea adoptará las mas eficaces medidas para que se os haga la debida justicia, y para recompensar vuestros tan importantes como honrosos servicios. Pero en nombre de nuestra patria comun, en nombre de vuestro honor que tan sagrado debe ser, en nombre de la humanidad, si es cierto que respetais sus derechos, y por último, en nombre de la honra nacional y militar de América, mostrad el horror que debe inspiraros el hombre que bajo especiosos pretextos, proyecta destruir los cimientos de nuestra libertad, encender la tea de la guerra civil, y ahogar en sangre un imperio salido apenas de la cuna.

»Un comportamiento tan honroso os conducirá al fin á que aspirais, y hará abortar los pérfidos planes de vuestros enemigos, reducidos á emplear la astucia, cuando no pueden ya obrar con franqueza. Así dareis otra prueba de paciencia y patriotismo, con ser innumerables las que ya habeis dado, y la posteridad, admirada de vuestras virtudes y hazañas, dirá al leer ese pasaje de vuestra historia: *Esotro rasgo era menester todavía para dar á conocer hasta qué punto de perfeccion puede llegar la naturaleza humana.*»

Arrastrados por esa voz del patriotismo, los oficiales declararon: «que veian con horror y rechazaban con desprecio las infames proposiciones contenidas en el escrito anónimo que se les habia dirigido<sup>1</sup>.»

<sup>1</sup> Ramsay, pág. 235.

En concepto de los contemporáneos, ese fué el mas importante servicio que Washington prestó á su país. Si hubiese sido ambicioso no el ejército solamente, sino el país entero, le hubiese seguido indudablemente. Pero Washington prefería el dictado de *hombre de bien* al de *señor*, que tan á menudo engaña á los que se lo arrojan. Así que, conservó el título mas hermoso, el de ciudadano.

Inmediatamente escribió al Congreso, recordándole todas las instancias que le habia sometido, para hacer reconocer los derechos de los oficiales. Todos los años Washington habia gestionado activamente acerca del particular. Su carta de ahora no indicaba el mas mínimo resentimiento, antes bien se leía en ella la siguiente frase comparable tan solo á lo mas bello que pudo transmitirnos la antigüedad.

«Si, como se ha dicho á los oficiales para escitarles á la indignacion, son ellos los únicos que han de ser víctimas de la revolucion, si han de pasar el resto de su gloriosa existencia en el seno de la vergüenza, del menosprecio y de la indigencia, *en ese caso habré conocido la ingratitude*, y esa triste experiencia emponzoñará el resto de mis dias»

No se desoyó esta voz; el Congreso accedió á sus manifestaciones.

El dia 25 de noviembre de 1783 los ingleses evacuaron á Nueva York, y Washington fué recibido en la ciudad como el padre de la patria.

Llegó por fin la hora de separarse de aquellos soldados, que habian sido sus compañeros de glorias y fatigas. La despedida se revistió de toda solemnidad. En 4 de diciembre de 1783 los oficiales se reunieron en Fraunce-Tavern, y Washington compareció en medio de ellos y se hizo traer un vaso de vino.

«Amigos míos, dijo Washington, hoy me despido de vosotros con un corazón lleno de amor y agradecimiento. Los dias que van á sucederse sean para vosotros tan felices como honoríficos y gloriosos han sido los hasta aquí trascurridos.»

Enseguida bebió, y continuó diciendo: «No puedo despedirme uno á uno de vosotros; pero os agradeceré en el alma que cada uno de vosotros se digne venir á darme un apretón de manos.»

El primero que se adelantó fué el general Knox. Washington que no podia hablar de pura emocion, le abrazó. Los oficiales se le

<sup>1</sup> Ramsay, *Vida de Washington*, p. 233.

acercaron sucesivamente; apretáronse las manos sin decir palabra; sus ojos derramaban lágrimas de ternura.

Dado el último adiós, Washington se salió de la sala, y pasó por delante del cuerpo de infantería para ir á embarcarse y atravesar el rio del Norte. Todos los oficiales le acompañaron hasta el embarcadero. Washington se metió en la lancha, con la cabeza vuelta hácia la ribera, y saludó, agitando el sombrero, al ejército que él habia organizado y querido entrañablemente.

Desde Nueva York se dirigió á Anápolis, en el Maryland, en cuya ciudad estaba reunido el Congreso, para desprenderse del mando. Al pasar por Filadelfia puso en manos del interventor general el estado de cuentas que especificaba la manera de invertir los fondos de que habia dispuesto. Ese estado, en su totalidad de puño propio, y acompañado de documentos justificativos, arrojaba la suma de unos 360,000 francos, *sin contar la de los gastos secretos*, que no llegaban aun á 50,000.

Esos eran sus gastos personales, como general, teniendo mesa puesta y recibiendo á sus oficiales. Se ha dicho ya que en el comienzo de la guerra habia renunciado á toda suerte de haber, declarando que se contentaba con una indemnizacion. Es una idea eminentemente republicana, la de no aceptar nada de su país, no haciéndole al propio tiempo deudor á una generosidad aristocrática, que desdice altamente de la igualdad.

Revisadas las cuentas en toda regla, Washington se encaminó al Congreso para resignar públicamente aquel mando que con tanta nobleza habia ejercido. El dia 20 de diciembre de 1783, el Congreso le recibió como debia recibirse al fundador y defensor de la República.

En su discurso, no olvidó á sus queridos oficiales.

«Señor Presidente:

»Por fin se han realizado los grandes acontecimientos, cuyo cumplimiento hace indispensable mi retiro; por ellos vengo á felicitar sinceramente al Congreso. Tengo el honor de presentarme ante vosotros, para resignar el mando con que os dignásteis honrarme y pido permiso al Congreso para dejar la carrera que solo emprendí para servir al país.

»Dichoso por ver finalmente asegurada la independencia de los Estados Unidos, doy de mano el ejercicio de unas funciones de que me habia encargado con la mayor desconfianza. Difícil era la tarea,

y tenía conciencia de la inmensa debilidad de mis recursos; pero, por otra parte, la justicia de nuestra causa, la unión de todos los ciudadanos, y sobre todo la protección del cielo, que dispone así de los hombres como de los imperios, tantos y tan poderosos motivos me han sostenido.

El éxito que ha coronado nuestras armas ha sido más venturoso de lo que podían lisonjearse nuestras más altas esperanzas. Cuanto más echo de ver los maravillosos efectos de la protección celestial que en favor nuestro se ha manifestado, tanto más sube de punto mi agradecimiento.

Al recordar en estos momentos lo que debo al celo del ejército, grandes cargos tendría que hacerme, si no pregonara en estas circunstancias solemnes cuanto debo en especial á los servicios y al talento de los oficiales, que personalmente se han encariñado conmigo durante esa guerra. Aunque ellos hubiesen estado unidos conmigo con los lazos de la sangre, no me hubiesen servido mejor su cariño y su abnegación. Permitidme, señor, que sobre todo recomiende á la benevolencia del Congreso á aquellos que hasta los momentos actuales han permanecido en el servicio. Tienen ciertamente derecho á las más distinguidas consideraciones.

Al dar de mano á mis funciones, es deber mio imperioso recomendar los intereses de mi querida patria á la protección del Todopoderoso que dispone de los imperios; dignese estender sus bendiciones á todos aquellos que están encargados de mirar por la paz y felicidad del Estado.

He llevado mis deberes, y me retiro del teatro de los negocios públicos. Ruego á esta augusta asamblea, cuyas órdenes he ejecutado por mucho tiempo, que reciba mis más afectuosas despedidas. Resigno mis poderes, y me retiró al propio tiempo de todos los empleos de la vida pública.»

El Congreso le dió las gracias en frases análogas, y Washington, vuelto á su primitivo estado de simple ciudadano, se retiró á Mont-Vernon, á orillas del Potomac *á la sombra de su vid y de su higuera*. El único privilegio que distinguió del resto de sus conciudadanos al ex-general en jefe, la única muestra de agradecimiento que aceptó de su país fué el derecho de enviar y recibir sus cartas libres de franqueo, distinción que desde entonces ha sido concedida á los presidentes, al salir de sus funciones.

La obra de Washington no estaba terminada todavía. Nuevos peligros amenazaban á América, y dos veces debía aun salvarla

Washington. Como general, como legislador y como presidente, por tres veces le fué dado disponer de la suerte de su patria. En cada una de ellas manejó siempre ese sagrado depósito con toda la sabiduría de un gran ciudadano. El primero en la paz, el primero en la guerra, Washington fué siempre bienhechor de los Estados Unidos.

¿Sus servicios, han redundado exclusivamente en ventaja de estos? No; sino en beneficio de todo el linaje humano. Registremos la historia y veamos qué nombres brillan en ella, quiénes son aquellos que se nos hace admirar como grandes hombres. ¡César, Federico II..... mentira ó crimen triunfantes! Washington legó al porvenir el ejemplo benéfico del patriotismo fecundo, de la virtud que se destaca majestuosa por doquier. Él dejó muy atrás la figura siniestra de aquellos Césares del viejo mundo que tuvieron siempre las manos ensangrentadas, é inauguró en el mundo moderno el reinado de esos hombres de Estado, cristianos que cifran su gloria no en ser los verdugos, sino los siervos de sus conciudadanos.

FIN DEL TOMO PRIMERO.